

bendiciendo su mercancía con un sombrero hongo,
y tenía cara de lápiz,
y le temblaba de impaciencia todo el cuerpo en los labios,
y se besaba la nariz de tanto concentrarse para hablar,
y estaba rezongando y consumiéndose
porque nadie se había acercado al puesto todavía.

... y aquella casa estaba viva siempre,
estuvo ardiendo siempre durante varios años *de juego indivisible,*
de cielo indivisible,
de cielo con su tiempo indivisible y circular que comienza en mañana

En este pasaje un elemento común, el adjetivo *indivisible*, se asocia sucesivamente a tres elementos distintos que van completando un conjunto. Dos páginas después se vuelve a mencionar «la casa *de hora única*, con *su cielo* y *su juego indivisibles*»; los sumandos aportados antes uno a uno reaparecen en una visión total. Pero en muchas ocasiones los nuevos acompañantes del término reiterado no añaden materia a lo dicho la primera vez, sino que lo amplían, lo ahondan, lo precisan o lo corrigen; marcan así las etapas que se van cubriendo hasta encontrar el trazo representativo, la interpretación valedera, la definición concluyente, la palabra poéticamente exacta:

... y te has sentido *solo*,
humanamente solo,
definitivamente solo.

Y vi que el mundo parecía sonámbulo,
y un poco más pequeño que la tristeza de su voz,
que la tristeza que es anterior al hombre,
que la tristeza con que el muelle desierto comenzaba a vivir y se
[extendía...

... Con ese mismo gesto *con que se tira un día,*
con que se quita la hoja atrasada al calendario.

Las personas que no conocen el dolor son *como iglesias sin bendecir,*
como un poco de arena que soñara ser playa,
como un poco de mar.

Este género de reiteración, donde la labor creadora muestra su progresivo asedio de la forma, no se da sólo en frases inmediatas, sino también a distancia, como corriente subterránea que en espaciadas reapariciones manifiesta su crecimiento. La segunda y tercera comparación del último ejemplo vuelven al cabo de unos pocos versos, modificada una de ellas porque el dolor ha hecho que la arena logre su sueño:

Y nos hemos reunido
como un poco de tierra de diferentes valles
que el viento de la muerte ha convertido en playa,
como un poco de mar.

El símil no variado aquí resurge a las dos páginas, renovado, con pujanza para generar más y más imágenes filiales que a su vez dan nacimiento a otras, como brazos de un delta caudaloso:

y ahora ya estamos juntos,
y habéis vuelto como un poco de mar que se reúne,
y si quisiera,
y si quiero BESAROS,
nos podemos BESAR en todo el cuerpo y toda el alma a un tiempo mismo,
como un poco de mar SE BESA todo
dentro de sí, dentro de mí, y alzando
UN LABIO en cada ola, y siempre tiene
más agua que BESAR, más agua junta
dentro de un solo BESO que no acaba,
que no puede acabar,
mientras me hunda
más y cada vez más dentro del agua,
más y más cada vez dentro y cayendo,
hasta quedar como una piedra que camina hacia el
[fondo
del abrazo total,
del abrazo total que vivo ahora
MADREAMARADO, al fin, sobre tu pecho.

Parecido a este desarrollo final de «un poco de mar» es el que tiene, en el capítulo primero, el símil de la araña que cae, penetra en el ojo y se agranda; sus reiteraciones, insistentes y progresivas a la vez, tienen extraordinaria y alucinante eficacia. En ambos pasajes y en muchos más, la reiteración pasa de unas palabras a otras conforme prosigue la cadena expresiva, como los corredores se transmiten la señal en una carrera de relevos, o aplicando a nuestro caso una comparación del poeta, «igual que el pie que avanza se apoya en el de atrás». Veamos un ejemplo donde el relevo es sistemático:

Sí, ahora quisiera yo saber
PARA QUÉ SIRVEN el gabinete nómada y el hogar que jamás se ha en-
[cendido,
... y PARA QUÉ PUEDE SERVIR esta palabra: «ahora»,
esta palabra misma: «ahora»,
cuando empieza la nieve,
cuando nace la nieve,
cuando crece la nieve en una vida que quizás está siendo la mía,

en una vida que no tiene memoria perdurable,
que no tiene mañana,
que no conoce apenas SI ERA clavel, SI ES rosa,
SI FUE azucenamente hacia la tarde.

Los tipos de reiteración que llevamos vistos contribuyen a que el poema se nos muestre haciéndose; pero quedan otros que son parte capital en el entramado temático de la obra. Uno es la repetición de palabras-clave que destacan la nota esencial de una situación, temple o momento: en el penúltimo fragmento citado, *beso* y *besar* valen como signo del jubiloso reencuentro; pero me parece más característico el caso de *igual*, cifra de la monotonía y desesperanza que nublan la existencia del poeta antes de encender su casa la memoria; pesa ya en el primer verso, «Porque todo es *igual* y tú lo sabes»; introduce la comparación en «estar sentado *igual* que un náufrago»; pone de relieve la persistencia de sensaciones obsesivas: «y [si] todavía la sintieras [a la araña] *igual*, *igual* que rota...»; y se asocia a la llegada del sereno, arquetipo de habitualidad invariable:

Sí, es verdad que el sereno
cuando me abrió esta noche la cancela
me ha recordado a la palabra «igual»;
me ha recordado
que estaba ya,
desde hace muchos años,
haciéndose gallego inútilmente...
Sí, es verdad,
y ahora comprendo por qué me ha recordado a la palabra «igual»:
era lo mismo que ella,
era igual y tenía
las llaves enredadas entre las manos
pero sirviéndole para todo como sus cinco letras,
las cinco llagas de la palabra «igual»,
las cinco llaves que le sonaban luego,
que le sonaban igual que ayer y que mañana,
igual que ahora.

Por eso al percibir la vibración de algo nuevo, al presentir las apariciones salvadoras, el poeta piensa «que se ha quemado la palabra *igual*».

Si las palabras-clave se reiteran para definir lo esencial de situaciones o momentos, la repetición de frases clave forma un sistema de referencias que refuerza la unidad del poema, todo orgánico regido por la mutua dependencia de sus partes. Son nexos que traban unos elementos con otros, como la repetición de temas en una obra musical, dentro de un mismo tiempo o en tiempos distintos, constituye

la armazón que les da coherencia. Esta función estructural de *leitmotiv* es la que tienen ritornelos como «Porque todo es igual y tú lo sabes» y su antónimo «Porque todo es distinto y tú lo sabes», «La palabra del alma es la memoria», «La muerte no interrumpe nada», «La tristeza es anterior al hombre», «porque Dios lo quiso se llamaba Esperanza», «¿Quién te cuida Luis?», «El dolor es un largo viaje», «Vamos a hablar, ¿sabéis?, vamos a hablar» y otros más que, entrelazándose como nervaduras de una crucería, contribuyen a que la bóveda se sostenga.

La comparación es otro procedimiento muy empleado por Luis Rosales en su busca de la expresión deseada. Con gran frecuencia se da como glosa a un adjetivo o adverbio que han resultado insuficientes por genéricos, incoloros o demasiado conceptuales; el símil acude para prestarles las cualidades expresivas que les faltan. Los calificativos de «sigue cayendo todo lo que era humano, cierto y frágil» se concretan, visualizan y enternecen al agregárseles «lo mismo que una niña de seis años que llorara durmiendo». No es gran cosa decir que una mujer era rubia; que era «rubia como un agua con sol» transforma en dorada irradiación el color de su pelo. Se puede ser seguro y minucioso en cosas intrascendentes, o trabajar por entero sin amor y con alharacas; pero cuando Luis dice a su padre

... eras seguro y minucioso como los movimientos del cirujano en el
y trabajabas por entero [quirófano
como trabajan las raíces en la tierra y las monjas hospitalarias,

no sólo precisa que la firmeza y esmero se ponían en juego para ocasiones de vital importancia y que el trabajo era silencioso, constante y abnegado, sino que lo destaca haciendo saltar nuestra imaginación a campos insólitos. Los símiles acentúan el temple afectivo en «te has bañado respetuosa y tristemente, lo mismo que un suicida», «sentado igual que un naufrago entre tus pobres cosas cotidianas», «una lluvia triste como un llanto de ciego». El símil-glosa añade, pues, valores a lo glosado, ya sea caracterizándolo, ya dándole plasticidad, inyectándole dinamismo o corroborando su afinamiento en determinado sector de la afectividad.

Otras veces la comparación no se establece con ningún adjetivo o adverbio ya enunciados, sino directamente con el verbo. El poeta, en vez de lanzarse frontalmente al asalto de la expresión que necesita, se acerca a ella por rodeo, sabiendo que la semejanza no es identidad, pero consciente también del poder sugeridor que la imagen tiene; de este modo, si deja a un lado la precisión conceptual, obtiene la exactitud poética. Lo que en apagada prosa sería «palpando inútil-

mente en las paredes» y en las puertas «me he vestido *con apresurado sobresalto*», «pretendía saber, *con sigilo receloso*, si eran las doce», «un niño que llevaba un ochavo en la mano *con ilusión y orgullo*», se convierte por arte de Rosales en «palpando en las paredes y en las puertas / *como el que busca algo, entre la borra del bolsillo, que nunca ha de encontrar*», «me he vestido *como si estuviera situando un pelotón de soldados en la frontera, / en la misma frontera de mi alma*», «pretendía saber si eran las doce / *como si cometiese un adulterio*», «un niño / que llevaba un ochavo en la mano / *lo mismo que se lleva la novia ante el altar*». De igual modo, «hablabas puntualmente, fijando normas», agiganta sus dimensiones en «hablabas / *como poniendo el mundo en hora*», y ningún silencio gana en tristeza y aburrimiento a «este silencio, que es *como un luto de hombres solos*». En algún caso la primera afinidad encontrada no satisface al autor, que la rectifica o completa con otras; lo hemos visto ya en «Las personas que no conocen el dolor son *como iglesias sin bendecir, / como un poco de arena que soñara en ser playa, / como un poco de mar*»: al destino incumplido, simbolizado en «iglesias sin bendecir», se ha añadido, con «un poco de arena que soñara en ser playa», el anhelo de integrarse en algo mayor, y con «un poco de mar», la inquietud amorfa y tesonera de esa porción segregada de la inmensa totalidad en que se quiere fundir. También ocurre que una comparación inicial engendre otra o se desarrolle en pormenorizada fronda:

... y ahora me siento en el pasillo
igual que si estuviera circulando en mi propio sistema arterial,
 y me rodea la sombra *como si fuera sangre...*

Y sé muy clara y tristemente bien
 que hay personas que viven *como teniendo invitado a su corazón,*
 y lo sientan
escogiendo su puesto en la cabecera de la mesa,
para poder colmarlo de atenciones,
 porque lo viven como quieren vivirlo,
 y lo disfrutan,
 y lo tienen tranquilo y festejado,
 y le sirven el vino cuando quieren.

Antes he llamado «sorprendente» a la poesía de *La casa encendida*, y ahora llega el momento de justificarlo, aunque la abundante cita de comparaciones inesperadas dice ya bastante. Rosales posee el don de captar certeramente coincidencias, inadvertidas para los demás mortales hasta que él las descubre, entre términos que parecen de lo más